

Sexto domingo de Pascua C2025

Después de la resurrección de nuestro Señor, la Iglesia primitiva creció gracias a la obra de los apóstoles, especialmente la de Pablo y Bernabé entre los gentiles. Sin embargo, ese crecimiento trajo consigo algunos problemas y tensiones dentro de la comunidad.

¿Deberían los nuevos conversos ser solo bautizados o también circuncidados según la Ley de Moisés? Fue un asunto complejo que la Iglesia enfrentó en sus inicios. Para resolverlo, se decidió que Pablo, Bernabé y algunos de ellos irían a Jerusalén para reunirse con los apóstoles y los ancianos. De esa reunión se llegó al consenso de que, para facilitar su interacción con los cristianos de origen judío, solo el bautismo y algunas leyes eran importantes para los gentiles.

El debate sobre qué observar al unirse a la Iglesia por parte de los gentiles muestra que existe una distinción entre el contenido del mensaje de nuestro Señor y la forma en que una cultura lo expresa. Nadie tiene derecho a imponer su forma de orar a otros como si fuera la única posible. Cuando intentamos imponer nuestras propias perspectivas y tradiciones a los demás, pasamos por alto el lugar central que ocupa la palabra de nuestro Señor en la comunidad cristiana.

El hecho de que Pablo y Bernabé se refirieran a los apóstoles en Jerusalén, en lugar de resolver el problema por sí mismos, es una señal de que la Iglesia no es un asunto privado. La Iglesia, de hecho, es un cuerpo estructurado con una jerarquía cuya función es guiar y reunir a todos los creyentes en la fidelidad al espíritu y la palabra de nuestro Señor. Este proceso aclara la importancia de los concilios ecuménicos en la historia de la Iglesia y el papel de liderazgo que desempeña el Papa en ella.

Para resolver el conflicto, los apóstoles se refieren a las palabras «el Espíritu Santo y nosotros», que significan el Espíritu Santo y el colegio de los apóstoles. Estos son dos medidas importantes sin las cuales la obra de la Iglesia se convertirá en un asunto puramente humano. Sin embargo, el Espíritu Santo no actúa mágicamente. Solo a través de la oración y la escucha paciente de la palabra de nuestro Señor, el Espíritu habla a nuestro corazón y nos permite discernir y tomar buenas decisiones. De lo contrario, nos engañaremos al tomar nuestras emociones como percepciones espirituales, nuestros deseos personales de que la verdad se imponga a los demás.

El Espíritu Santo se fortalece en nosotros solo cuando amamos a nuestro Señor y cumplimos su palabra. El amor es la base de todo. El Padre ama a nuestro Señor y nuestro Señor nos ama. Sin cumplir su palabra, no hay manera de amarlo. Esta palabra que cumplimos no es solo la palabra de nuestro Señor, sino la de su Padre que lo envió al mundo.

Cuando cumplimos la palabra de nuestro Señor, se crea una relación circular de amor que va de nuestro Señor a nosotros, de nosotros al Padre, y del Padre a nuestro Señor y a nosotros. Entonces, nuestro Señor y su Padre pueden morar en nosotros, porque los amamos. A su vez, nos convertimos, cada uno en particular, en un espacio donde Dios mora, un hogar para el Señor. ¡Qué desafío ser un hogar para el Señor! ¡Cuánto esfuerzo requiere ser ese refugio para el Señor!

Así, entendemos por qué el Espíritu Santo es importante como este sabio abogado, a quien nuestro Señor llama Abogado, quien está aquí para guiarnos y ayudarnos en esta misión. Él es el aliado que nuestro Señor nos deja. Su función es enseñarnos todo y recordarnos todo lo que nuestro Señor dijo.

De hecho, a medida que la Iglesia crece con el tiempo, se enfrentará a nuevas situaciones y nuevos problemas. El papel del Espíritu Santo es recordarnos las palabras de nuestro Señor para que permanezcamos en el camino correcto. Con su presencia, nuestro Señor nos asegura que siempre encontraremos respuestas adecuadas a nuestras preguntas, una respuesta en armonía con su enseñanza, si seguimos escuchando su palabra y abrimos nuestros corazones a la obra de su Espíritu. Puede que nos exija valentía y un cambio radical, pero no estamos indefensos ni solos.

Cuando dejamos espacio para el Espíritu Santo, podemos ser colmados del don de la paz. No hay nada más valioso que alguien pueda desear para sí mismo que la paz del corazón. Tenerla es como tener un manantial en su campo en tiempos de sequía, o suficiente alimento almacenado en tiempos de hambruna.

Dicha paz no significa necesariamente ausencia de conflictos; es más bien un don espiritual que nos ayuda a afrontar correctamente nuestros problemas y conflictos. La paz que da el mundo es una paz de escape, que proviene de evitar los problemas y de negarse a afrontar las cosas. La paz que da nuestro Señor es una paz de corazón que busca nuevas relaciones entre individuos, pueblos y naciones, más allá de las diferencias, las oposiciones y los conflictos.

¡Que Dios llene el corazón de cada uno de nosotros con su paz! Recordemos siempre que la paz empieza conmigo, porque nadie puede cosechar lo que no ha sembrado, ni nadie puede dar a otros lo que no tiene. Amén.

(Extracto de mi homilía del 13 de mayo de 2007, VI Domingo de Pascua)

Hechos 15: 1-2, 22-29; Apocalipsis 21: 10-14, 22-23; Juan 14: 23-29



Fecha de la Homilía: el 25 de Mayo, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250525homilia.pd